

Libertad en el Continente

Tarea de Titanes

POR LORENZO MEYER

EL lugar no es precisamente el de mayor prosapia académica para tener una reunión sobre el futuro de la democracia en América Latina y el Caribe. Y sin embargo el encuentro la semana pasada en el Centro Carter, de la Emory University de Atlanta, Georgia, tuvo un nivel muy aceptable.

Ahí nos reunimos un grupo predecible de académicos de América Latina, el Caribe, Estados Unidos y Europa. Pero, a la vez, también se hicieron presentes personajes que frecuentan menos ese tipo de reuniones: militantes políticos y funcionarios o ex funcionarios públicos de altos vuelos de derecha, centro e izquierda, nueve antiguos presidentes y primeros ministros de nuestro continente, más —y este fue el plato fuerte— un vicepresidente, un primer ministro y dos presidentes en funciones.

★

ASI, junto a Jimmy Carter se sentó Sergio Ramírez, el vicepresidente de Nicaragua, a defender el derecho del sandinismo a ser considerado una fuerza democrática; junto a Rafael Caldera, antiguo mandatario de Venezuela, presentó su punto de vista Teodoro Petkoff, otro venezolano, diputado por un movimiento socialista y antiguo guerrillero. Pero, sin duda, lo más destacado del evento fue la presencia —breve pero intensa— de los dos presidentes electos en países donde no hace mucho aún dominaba la lógica política más brutal: la que impone un ejército que, gracias a su capacidad de

violencia, sólo se considera responsable ante sí mismo y nadie más. En efecto. Raúl Alfonsín, de Argentina, y Vinicio Cerezo, de Guatemala, fueron aplaudidos menos por lo que dijeron o por la política que efectivamente están llevando a cabo y más, mucho más, por lo que re-

presentan: líderes que vivieron en carne propia la larga noche de la represión y que, sin embargo, no desmayaron en su empeño por mantener viva la exigencia de la democracia como única forma legítima de convivencia cívica en las sociedades de este continente.

No hay duda que hoy en América Latina y el Caribe vivimos el mejor de los tiempos y, también, el peor de los tiempos. Nunca antes en el mapa de nuestro continente se pudo colorear un espacio tan amplio con el tinte de la democracia. Por otro lado, nunca antes la deuda externa y la crisis económica que ésta trae aparejada ha hecho tan difícil ser optimista en relación a las posibilidades de que esta democracia recién estrenada eche raíces y se convierta en una forma de vida que permita, a la vez, dignidad cívica, desarrollo económico y justicia social.

La forma y razón de ser de la democracia se ha discutido desde el origen de nuestra cultura, en la Grecia clásica, hasta el día de hoy. La idea básica era simple: la mayoría, por el solo hecho de serlo, tiene el derecho de decidir quiénes y cómo ejercerán el poder político. Hoy, casi 2,500 años más tarde, esta definición de democracia sigue siendo válida.

EN la reunión que se reunió se propuso una definición que no difiere mucho de la que se dio en Grecia. Desde esta perspectiva —propuesta por el profesor Samuel Huntington y que sigue a la de Joseph Schumpeter— un gobierno democrático es aquel en donde los integrantes de los cuerpos colectivos más importantes en la toma de decisiones de un país son seleccionados a través de elecciones periódicas, en donde los candidatos compiten libremente por los votos de prácticamente toda la población adulta.

En realidad, nadie objetó esta definición como un mínimo común denominador, pero casi todos los latinoamericanos, caribeños y canadienses, coincidieron en señalar que definida de esta manera la democracia era sólo un medio, no un fin. El fin último de un gobierno democrático debe ser algo más que mantener

las instituciones que permitan la selección periódica de aquellos que han de decidir sobre los grandes temas cívicos —quienes van a conseguir qué, cómo y cuándo— por la vía de un voto libre y competitivo. La democracia tiene que convertirse, además, en el medio para dar respuesta a la demanda de una justicia sustantiva, es decir lograr una distribución equitativa y eficaz de la riqueza socialmente generada.

En las democracias viejas lo que hoy vemos como medios —las elecciones pe-

riódicas— fueron por un buen tiempo un fin en sí mismos, y tardaron mucho en quedar libres de fraudes y triquiñuelas. Sólo una vez que estuvieron arraigadas, estas formas democráticas se usaron como medios para lograr fines relacionados con la equidad. Y muchas de estas viejas democracias —Estados Unidos entre otras— aún tienen que recorrer un buen trecho en este camino.

Las democracias nuevas de América Latina tienen ante sí una tarea más complicada que la que enfrentaron en su momento las potencias industriales de

Occidente, pues tienen que intentar, a la vez, implantar la democracia política —el medio— y la democracia social —el fin—.

La libertad política —la democracia— en una sociedad pobre, estancada e injusta, no puede durar; tarde o temprano alguien intentará acabar con ella para defender los privilegios de los pocos o para buscar un atajo y llegar a la justicia social. Pero la búsqueda de justicia social sin el "lastre" de la libertad política, ha llevado, con monótona frecuencia, al "socialismo real", es decir

a una disminución de las desigualdades pero a costa de crear una burocracia

omnipresente, enemiga de la libertad, la dignidad y la creatividad.

El mensaje de Atlanta es claro: la democracia política en América Latina carece aún de raíces fuertes y, sin embargo, tiene ante sí una tarea propia de titanes: acortar, con el ejemplo, la vida de las antidemocracias —Chile y Paraguay son los casos más obvios, pero no los únicos— y poner en marcha políti-

cas que lleven a la equidad, movilizándolo sin violencia a los más para imponerse sobre los menos, sobre los defensores de privilegios ilegítimos. Un corolario a esto: a la democracia, como a la revolución, no se les puede exportar; se les puede auxiliar desde fuera pero no se les puede trasplantar.

Finalmente, una nota de pie de página: no hubo nin-

gún representante de México entre los antiguos presidentes y primeros ministros del continente que se reunieron en la Universidad de Emory avalados por su respeto a las formas democráticas, ¿debieron de haber estado ahí Echeverría o López Portillo?, ¿debería haber estado Miguel de la Madrid acompañando a Alfonsín y a Cerezo?